

AXEL KAISER / GLORIA ÁLVAREZ

PRÓLOGO DE CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN



EL
ENGAÑO
POPULISTA

POR QUÉ SE ARRUIAN NUESTROS
PAÍSES Y CÓMO RESCATARLOS

«Ojalá que este libro tenga los muchos
lectores que se merece.»

Mario Vargas Llosa

DEUSTO

El engaño populista

Por qué se arruinan nuestros países
y cómo rescatarlos

AXEL KAISER
GLORIA ÁLVAREZ



EDICIONES DEUSTO

© 2016 Gloria Álvarez y Axel Kaiser c/o Thinking Heads

© Centro Libros PAFP, S. L. U., 2016

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: microbiogentleman.com

Imágenes de cubierta:

Fidel Castro: © Jose Goitia/Gamma-Rapho vía Getty Images

Pablo Iglesias: © Marcos del Mazo/Pacific Press/LightRocket vía Getty Images

Hugo Chávez: © Juan Barreto/AFP/Getty Images

Rafael Correa: © Eric Feferberg/AFP/Getty Images

Michelle Bachelet: © Fernando Lavoz/LatinContent/Getty Images

Evo Morales : © Jose Luis Quintana/LatinContent/Getty Images

Cristina Fernández de Kirchner: © Juan Mabromata/AFP/Getty Images

ISBN: 978-84-234-2537-2

Depósito legal: B. 7.816-2015

Primera edición: mayo de 2016

Preimpresión: Medium

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo, por Carlos Rodríguez Braun	13
Prefacio. ¿Emigrar de Latinoamérica?	19
Capítulo I. Anatomía de la mentalidad populista	25
El odio a la libertad y la idolatría hacia el Estado	26
El complejo de víctimas	34
La paranoia «antineoliberal»	46
La pretensión democrática	59
La obsesión igualitarista	72
Capítulo II. La hegemonía cultural como fundamento del populismo	81
El rol de los intelectuales y la manipulación del lenguaje en el avance del populismo	82
Gramsci, Pablo Iglesias y el proyecto populista en España	89
Los padres intelectuales del socialismo del siglo XXI	97
Chile y Argentina: lecciones en la lucha por la hegemonía cultural.	112
La Iglesia católica y Francisco: ¿el papa socialista?.	136
La estrategia hegemónica del Foro de São Paulo	153

Capítulo III. Cómo rescatar nuestras repúblicas	157
La alternativa: el republicanismo liberal	158
La estrategia: la construcción de un nuevo sentido común	169
La táctica: inteligencia emocional y educación económica	188
Los instrumentos: redes sociales y nuevas tecnologías	196
Epílogo	203
Agradecimientos	207
Bibliografía	209

Capítulo I

Anatomía de la mentalidad populista

El populismo ha sido un mal endémico de América Latina. El líder populista arenga al pueblo contra el «no pueblo», anuncia el amanecer de la historia, promete el cielo en la tierra. Cuando llega al poder, micrófono en mano, decreta la verdad oficial, desquicia la economía, azuza el odio de clases, mantiene a las masas en continua movilización, desdeña los Parlamentos, manipula las elecciones, acota las libertades.

ENRIQUE KRAUZE

Existen al menos cinco desviaciones que configuran la mentalidad populista y que es necesario analizar para entender el engaño que debemos enfrentar y superar. La primera es un desprecio por la libertad individual y una correspondiente idolatría por el Estado, lo cual emparenta a nuestros populistas socialistas con populistas totalitarios como Hitler y Mussolini. La segunda es el complejo de víctima, según el cual todos nuestros males han sido siempre culpa de otros, y nunca de nuestra propia incapacidad para desarrollar instituciones que nos permitan salir adelante. La tercera, relacionada con la anterior, es la paranoia «antineoliberal», según la cual, el neoliberalismo —o cualquier cosa relacionada con el libre mercado— es el origen último de nuestra miseria. La cuarta es la pretensión democrática con la que el populismo se viste para intentar darle legitimidad a su proyecto de concentración del poder. La quinta es la obsesión igualitarista, que se utiliza como pretexto para incrementar el poder del Estado y, así, enriquecer al grupo político en el poder a expensas de las poblaciones, beneficiando también a los amigos del populista y abriendo las puertas de par en par a una desatada corrupción. Veamos en qué consiste cada una de estas desviaciones.

El odio a la libertad y la idolatría hacia el Estado

Aunque el concepto «populismo» es muy confuso, en términos generales podemos decir que consiste en una descomposición profunda que parte a nivel mental y se proyecta a nivel cultural, institucional, económico y político. En la mentalidad populista se espera siempre de otro la solución a los problemas propios, pues se hace siempre a otro responsable de ellos. Es la lógica del recibir sin dar, y, ante todo, es esa cultura según la cual el gobierno debe cumplir el rol de providente y encargado de satisfacer todas las necesidades humanas imaginables.

Políticamente, el populismo suele encarnarse en un líder carismático, un redentor que viene a rescatar a los sufrientes y asegurarles un espacio de dignidad en el nuevo paraíso que este creará. Esto es particularmente notorio en el caso del «socialismo del siglo XXI». El populista lleva a cabo su programa utilizando las categorías de «pueblo» y «antipueblo». Él dice encarnar al «pueblo» y, por tanto, quien esté en contra de sus pretensiones estará siempre, por definición, en contra del «pueblo» y del lado del «antipueblo», lo que significa que debe ser marginado o eliminado.

La figura populista, debido a su idea de hacerse cargo de la vida del «pueblo», fomenta el odio en la sociedad dividiéndola entre buenos y malos. Ya lo decía el Che Guevara en su mensaje a través de la revista *Tricontinental*, en 1967: «El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal».⁶ Cuando Guevara planteaba esta idea se refería, por cierto, a la revolución violenta

6. Ernesto «Che» Guevara, «“Crear dos, tres..., muchos Vietnam”. Mensaje a los pueblos del mundo a través de la *Tricontinental*», folleto especial de la revista *Tricontinental*, órgano del Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), La Habana (Cuba), 16 de abril de 1967. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm>. [Consulta: 26/01/2016]

marxista. Pero, en lo fundamental, la estrategia del populismo socialista no ha cambiado, siendo la inserción de odio en la sociedad el primer paso.

El segundo paso consiste en eliminar la libertad económica anulando lo más posible el derecho de cada individuo a gozar del fruto de su trabajo. Las expresiones concretas de la política económica y social del populista, ya sea de derecha o de izquierda, son conocidas: un Estado gigantesco que se mete en todo y lo controla todo; masiva redistribución de riqueza a través de altísimos impuestos y regulaciones que obligan a los privados a asumir roles fiscalizadores más otros que no les corresponden. Y sumemos otras: altas tasas de inflación, producto de la monetización del gasto estatal; controles de capitales para evitar que los dólares se vayan del país; discrecionalidad de la autoridad en todo orden de asuntos económicos, lo que implica la desaparición del Estado de derecho; burocracias gigantescas e ineficientes; deuda estatal creciente; caída de la inversión privada; incremento del desempleo; corrupción galopante; aumento del riesgo país; deterioro del derecho de propiedad y de la seguridad pública; privilegios especiales a grupos de interés asociados al poder político, y creación de empresas estatales totalmente ineficientes.

Ahora bien, anclado el populista en una adoración febril del poder del Estado, su motor último, que conduce al cultivo del odio y a la destrucción del Estado de derecho, es un desprecio total por la libertad y las instituciones que la resguardan. La mentalidad populista es liberticida. Es improbable ver a un líder populista diciendo que va a privatizar empresas estatales, que va a garantizar la independencia del banco central y la prensa, que va a reducir impuestos, que va a reducir el gasto estatal o que va a recortar beneficios a la población para estabilizar las cuentas fiscales. Tampoco se ha visto a un populista expandir el espacio de libertad civil y cultural de las personas ni reconocer la individualidad de ellas. Al contrario, las diluye en la masa y las desconoce, homogeneizándolas y valorándolas sólo como parte de la muchedumbre. Las promesas siempre son todo lo contrario: utilizar el aparato del poder estatal para supuestamente elevar al «pueblo» a un mayor

nivel de bienestar mediante regalos y prebendas de distinto tipo. Por eso debe terminarse, por ejemplo, con la independencia de la banca central, pues esta es una idea «neoliberal»; deben estatizarse las empresas, al menos las más importantes, como las de las áreas de los recursos naturales y energéticos, y deben subirse dramáticamente los impuestos y desarrollar una red asistencialista gigantesca que tenga a millones de personas dependiendo del Estado. El populismo clásico es siempre estatista porque basa su proyecto en un eje redistributivo radical. Como explicaron los profesores Andrés Benavente y Julio Cirino en su estudio sobre la materia, «el populismo clásico es estatista, pues supone un Estado sobredimensionado con cuyos recursos realiza su labor redistributiva».⁷

Nada de lo anterior es un fenómeno exclusivamente latinoamericano, por cierto. El nazismo alemán y el fascismo italiano, por ejemplo, aunque con un núcleo ideológico más depurado y otras importantes diferencias con lo que hemos visto en la región latinoamericana, también fueron movimientos populistas que hicieron del odio a la libertad individual y de la adoración del Estado su propulsor fundamental. Lo cierto es que, más allá de la complejidad de la comparaciones, ideológicamente, gente como Mussolini, Hitler, Stalin y Mao estuvieron en la misma trayectoria de un Chávez, Perón, Castro, Iglesias, Allende, Maduro, Morales, Correa, López Obrador, Kirchner y Bachelet (esta última en su segundo gobierno, en el cual implementó un programa refundacional con el objetivo de terminar el exitoso sistema de libertades prevaleciente por más de tres décadas). Guardando las distancias históricas y culturales, el elemento ideológico antiliberal, antividualista y anticapitalista radical fue tan de la esencia del nazismo y del fascismo como lo es del socialismo populista del pasado y del socialismo del siglo XXI promovido por Chávez y sus seguidores latinoamericanos y europeos en general. Si el Che Guevara, el héroe máximo de los populistas socialistas actuales, dijo que los comunistas debían

7. Andrés Benavente y Julio Cirino, *La democracia defraudada*, Grito Sagrado, Buenos Aires, 2005, p. 41.

pensar como «masa» rechazando el individualismo,⁸ Benito Mussolini, en su artículo titulado «La doctrina del fascismo», diría lo siguiente:

Antividualista, la concepción fascista de la vida destaca la importancia del Estado y acepta el individuo sólo en la medida en que sus intereses coinciden con los del Estado [...]. [El fascismo] es opuesto al liberalismo clásico que surgió como reacción al absolutismo y agotó su función histórica cuando el Estado se convirtió en expresión de la conciencia y la voluntad del pueblo. El liberalismo negó el Estado en nombre del individuo; el fascismo lo reafirma.⁹

Y Hitler diría:

Somos socialistas, somos enemigos a muerte del sistema económico capitalista actual porque explota al económicamente débil con sus salarios injustos, con su valoración del ser humano de acuerdo a la riqueza y la propiedad [...] y estamos determinados a destruir ese sistema bajo toda circunstancia.¹⁰

Sin ir más lejos, en la Alemania nazi, el programa de gobierno en materia social y económica del partido no tenía mucha diferencia con lo que nuestros populistas socialistas demandan en general. Así, por ejemplo, los socialistas nacionalistas liderados por Hitler demandaban en su programa de veinticinco puntos

8. Discurso de Ernesto «Che» Guevara en la conmemoración del segundo aniversario de la integración de las Organizaciones Juveniles, celebrada el 20 de octubre de 1962, pp. 31-45. Disponible en: <<http://archivo.juventudes.org/textos/Jovenes%20Clasicos/Discursos%20a%20la%20juventud.pdf>>. [Consulta: 26/01/2016]

9. Benito Mussolini, *The doctrine of fascism*, 1932. Disponible en: <<https://archive.org/details/DoctrineOfFascism>>. [Consulta: 26/01/2016]

10. Hermann Roth, «Die nationalsozialistische Betriebszellenorganisation (NSBO), von der Gründung bis zur Röhm-Affäre (1928 bis 1934)», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, vol. 19, n.º 1, 1978, p. 51. Disponible en: <http://www.digialis.uni-koeln.de/JWG/jwg_75_49-57.pdf>. [Consulta: 26/01/2016]

que «el Estado debe asegurar que todo ciudadano tenga la posibilidad de vivir decentemente y ganarse la vida».¹¹ Acto seguido proponía «abolir todo el ingreso que no se derivara del trabajo» para «romper la esclavitud del interés», «nacionalizar todos los fideicomisos», aumentar las jubilaciones, hacer una reforma agraria para redistribuir la tierra y establecer un sistema de educación gratuito controlado totalmente por el Estado, entre otras medidas estatistas y redistributivas.¹² Es casi como si los socialistas del siglo XXI y todos sus seguidores intelectuales y políticos hubieran hecho *copy-paste* de las ideas de Hitler y Mussolini. ¿Cómo se explica esto? La razón es que el fascismo y el nazismo son doctrinas colectivistas inspiradas en buena medida en el socialismo marxista. Ambas reclaman defender al «pueblo» de los abusos de las oligarquías nacionales y extranjeras. De este modo, al igual que los socialistas del siglo XXI, los nazis y los fascistas detestan la libertad individual reivindicando un rol casi absoluto del Estado, es decir, del partido y del líder en nombre de los trabajadores y del «pueblo».

Lenin, Stalin, Hitler, Chávez, Mao, Mussolini y Castro, por nombrar algunos, son, en esencia, representantes de la misma ideología totalitaria. De hecho la sigla NSDAP del partido nazi respondía a Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*); y Mussolini militó en el partido socialista italiano antes de fundar su propio movimiento. Así las cosas, más allá de todas las demás diferencias, los populismos que llevaron a Europa a la ruina no sólo son primos hermanos del socialismo marxista, sino también de los populismos socialistas que han condenado a la miseria a América Latina.

En su famoso estudio sobre el fascismo, Stanley Payne advirtió de que si bien existían diferencias entre los diversos movimientos fascistas de otras regiones respecto a los europeos, había

11. Programa del Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP). Disponible en inglés en: <<http://avalon.law.yale.edu/imt/nsdapappro.asp>>. [Consulta: 26/01/2016]

12. Ídem.

al menos cinco características genéricas que compartían todos ellos: 1) autoritarismo nacionalista permanente de partido único; 2) principio de jefatura carismática; 3) ideología etnicista; 4) sistema estatal autoritario y economía corporativista, sindicalista o socialista parcial, y 5) activismo voluntarista.¹³ Como es claro, el socialismo del siglo XXI, aunque se ha manifestado con distintos énfasis en los diferentes países, en general reúne las características descritas al menos a nivel de objetivo. Si algunos no han conseguido un régimen de partido único es porque la oposición no lo ha hecho posible, pero no cabe duda de que si pudieran consagrarlo lo harían.

La idea de que nuestros socialistas del siglo XXI, herederos de Fidel Castro y, luego, de Hugo Chávez, se encuentran emparentados con el fascismo ha sido elaborada de la mejor manera por el intelectual Juan Claudio Lechín en su interesante libro *Las máscaras del fascismo*. En él, Lechín muestra que si se realiza un estudio comparativo en términos de procedimientos políticos, discursivos y mecanismos de concentración de poder entre Chávez, Castro, Morales, Mussolini, Franco y Hitler, se constata que todos ellos pueden ser considerados fascistas. Lechín desarrolla lo que denomina el «índice facho», compuesto por doce elementos que vale la pena reproducir para entender cómo nuestros líderes del socialismo populista del siglo XXI se emparentan con tiranos europeos.

El caudillo fascista, según Lechín, es mesiánico, carismático y de origen plebeyo; su brazo son grupos de choque militares o paramilitares; su lengua es la de la propaganda política; su fe, la fantasía redentora; su oído, servicios de inteligencia y soplones; busca la refundación de la patria y la reforma constitucional; destruye las instituciones liberales; es antiliberal y antinorteamericano; logra que él sea identificado con el partido; que el partido sea identificado con el Estado; el Estado, con la nación; la nación, con la patria; la patria, con el pueblo, y el pueblo, con la historia épica. El pueblo es adepto al caudillo, y este último se perpetúa en el poder y promueve valores medievales como el

13. Stanley Payne, *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 214.

coraje militar.¹⁴ Estos son, explica Lechín, los elementos centrales del fascismo, y se aplican a personajes como Castro, Mao Zedong y Stalin, cuyos métodos fueron idénticos a los de Hitler. La reflexión de Lechín es importante porque, además de dejar claro que nuestros populistas son de tradición fascista, plantea de una vez algo que ya diversos historiadores y pensadores han señalado: la identidad entre la doctrina marxista o comunista y el socialismo nacionalista o fascismo. Dice Lechín:

La diferencia más grande entre nazi-fascismo y comunismo soviético es que unos fueron derrotados en la segunda guerra mundial y el otro no. De ahí en adelante, la propaganda comunista fabricó diferencias irreconciliables, aunque inexistentes, con el fin de liberarse de toda asociación con el barco hundido y de poder seguir vendiendo la fantasía ideológica en un mundo por conquistar.¹⁵

Lechín deja así en evidencia uno de los tantos mitos que ha construido la izquierda mundial, y que consiste en que esta no es fascista, cuando la verdad es que ambas doctrinas, como dice el autor, aplican el mismo modelo político, aunque su impacto, discurso y estilo sean distintos.¹⁶ Esta, por cierto, no es sólo una tesis de Lechín. El prestigioso intelectual francés Jean-François Revel, un excomunista converso, explicó en su ensayo sobre la supervivencia de la utopía socialista exactamente lo mismo. Según Revel, el comunismo y el nazismo son ideologías hermanas a tal punto que el nazismo es el heredero ideológico del comunismo. Revel recuerda que el mismo Hitler confesó en una oportunidad que él era el «realizador del marxismo» y que era un profundo conocedor de la obra de Marx.¹⁷ Hitler agregaría:

14. Juan Claudio Lechín, *Las máscaras del fascismo*, Plural, La Paz, 2015, p. 32.

15. *Ibidem*, p. 38.

16. *Ibidem*, p. 39.

17. Jean-François Revel, *La gran mascarada: ensayo sobre la supervivencia de la utopía socialista*, Taurus, Madrid, 2000, p. 112.

No voy a ocultar que he aprendido mucho del marxismo [...]. Lo que me ha interesado e instruido de los marxistas son sus métodos [...]. Todo el nacionalsocialismo está contenido en él [...], las sociedades obreras de gimnasia, las células de empresa, los desfiles masivos, los folletos de propaganda redactados especialmente para ser comprendidos por las masas. Todos estos métodos nuevos de lucha política fueron inventados por los marxistas. No he necesitado más que apropiármelos y desarrollarlos para procurarme el instrumento que necesitábamos.¹⁸

Según explica Revel, el parentesco ideológico del marxismo con el nazismo va tan lejos que incluso el antisemitismo de los nazis fue en buena medida heredado del marxismo. Hitler conocía a la perfección el famoso *Ensayo sobre la cuestión judía* escrito por Marx, en el que el filósofo daba rienda suelta a su odio contra los judíos. De hecho, Hitler prácticamente plagió pasajes de ese ensayo en su infame libro *Mein Kampf*.¹⁹

Siguiendo esta línea de análisis, el premio Nobel de Economía Friedrich A. Hayek, quien también fue socialista en su juventud, advirtió al público europeo que nazismo y comunismo eran finalmente la misma cosa. Escribiendo en la época de Hitler, Hayek explicó que el conflicto entre derecha nacionalsocialista e izquierda marxista era en realidad un conflicto «entre facciones rivales» que tenían idéntica naturaleza ideológica.²⁰ Ambos —y esto es lo relevante— detestaban el liberalismo individualista anglosajón y el capitalismo que este engendraba. Lechín, analizando los regímenes de Castro, Morales y Chávez, llega a la misma conclusión que Hayek: que el fascismo no es un asunto de derecha o izquierda, sino una cruda estratagema para lograr el máximo control del poder posible con el fin de destruir las instituciones liberales.²¹

18. Ídem.

19. *Ibidem*, p. 116.

20. Friedrich A. Hayek, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 35.

21. Lechín, *Las máscaras del fascismo*, p. 39.

Queda claro entonces que el socialismo del siglo **xxi** y que nuestros populistas socialistas en general no son más que una proyección de ideologías fascistas/socialistas que detestan la libertad, adoran el Estado y buscan incrementar su poder para aniquilar el espacio del individuo mediante la destrucción de las instituciones políticas y económicas liberales. La oposición que la izquierda mundial ha fabricado entre fascismo y socialismo, y que se sigue al pie de la letra en América Latina y España, no pasa de ser un constructo artificial para negar lo evidente: que a pesar de las diferencias retóricas, socialistas y fascistas comparten motivaciones, métodos, orígenes intelectuales y fines muy similares y a veces idénticos.

El complejo de víctimas

Un rasgo esencial de la mentalidad populista ha sido siempre —y continúa siendo— el culpar de todos los males de la sociedad a otros: a los ricos, a los gringos, al capitalismo o la CIA. Difícilmente un líder latinoamericano o europeo populista dirá: «En realidad hemos fracasado en resolver nuestros problemas porque no hemos sido capaces de crear las instituciones que nos saquen adelante». Como hemos dicho, el líder populista fomenta sobre esa base el odio de clases y el resentimiento en contra de algún supuesto enemigo interno y/o externo que conspira para mantenernos en la pobreza y el subdesarrollo. En pocas palabras, siempre somos víctimas y, por tanto, necesitamos de un «salvador» que ponga fin a la conspiración conjunta de las oligarquías nacionales y los perversos intereses capitalistas internacionales.

Lo interesante es que nada de este complejo de víctima que nos caracteriza es nuevo; y ni siquiera es un invento propiamente latinoamericano. En realidad es un engendro europeo y surgió hace ya varios siglos. Quien mejor explicó el origen de este mito fue el gran intelectual venezolano Carlos Rangel en su extraordinario libro *Del buen salvaje al buen revolucionario*. En esa obra, Rangel nos advirtió de que en la época del des-

cubrimiento, se creía que Dios no había destruido el paraíso sobre la Tierra y que este se encontraba en alguna isla o lugar perdido en el mundo.²² Este lugar estaría poblado de buenos salvajes, es decir, de seres humanos no corrompidos. El «buen salvaje» sería un hombre en estado puro de inocencia, viviendo en total armonía con la naturaleza y con los demás en comunidades donde no había ricos ni pobres ni autoridad política alguna. Para que el lector se haga una idea sobre la popularidad de este mito en Europa, veamos lo que un escritor del calibre del francés Michel de Montaigne sostenía en el siglo XVI sobre cómo era el buen salvaje que supuestamente habitaba América. Según Montaigne, los nativos americanos no tenían «conocimiento ni de las letras, ni de la ciencia, ni de los números», ni reconocerían «magistrados o superioridad política». Tampoco habría «riqueza ni pobreza, ni contratos, ni sucesiones, ni dividendos, ni propiedades, ni empleos [...], ni ropa, ni agricultura, ni metal, ni uso de maíz o vino».²³ En este estado, cercano a la república perfecta según Montaigne, «las palabras que significan mentira, traición, disimulo, avaricia, envidia, retractación y perdón jamás las han oído».²⁴ Según Montaigne, los europeos, en cambio, habían ya degenerado sus virtudes naturales para acomodarlas a su «corrompido paladar».²⁵ El mismo Montaigne es responsable de la propagación de uno de los mitos más destructivos y persistentes de la historia y que a los latinoamericanos nos ha costado carísimo. Nos referimos a la idea de que el mercado es un juego de suma cero donde lo que uno gana se debe a que otro lo pierde. Veamos lo que decía el francés en su ensayo titulado «El beneficio de unos es perjuicio de otros»:

22. Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1982, pp. 31 y ss.

23. Michel de Montaigne, *Essays of Montaigne*, vol. 2, traducción al inglés de Charles Cotton, ed. revisada por William Carew Hazlett, Edwin C. Hill, Nueva York, 1910, p. 67.

24. *Ibidem*, p. 66.

25. *Ídem*.

[...] ningún provecho ni ventaja se alcanza sin el perjuicio de los demás; según aquel dictamen habría que condenar, como ilegítimas, toda suerte de ganancias. El comerciante no logra las suyas sino merced a los desórdenes de la juventud; el labrador se aprovecha de la carestía de los trigos; el arquitecto de la ruina de las construcciones; los auxiliares de la justicia, de los procesos querrelas que constantemente tienen lugar entre los hombres; el propio honor y la práctica de los ministros de la religión débese a nuestra muerte y a nuestros vicios; a ningún médico le es grata ni siquiera la salud de sus propios amigos, dice un autor cómico griego, ni a ningún soldado, el sosiego de su ciudad, y así sucesivamente.²⁶

Esta tesis alimenta la idea de que la riqueza de los ricos es la causa de la pobreza de los pobres y que, por tanto, debe destuirse a unos para reparar la injusticia cometida sobre los otros. Se trata, en el fondo, de la misma doctrina marxista según la cual la acumulación de capital basada en la propiedad privada de los medios de producción es el resultado de la explotación del empresario. Esta doctrina, como sabemos bien en América Latina, es utilizada por el revolucionario «angelical», como lo llamaba el Che Guevara, para justificar su proyecto criminal y dictatorial.

Seguidor de Montaigne, el filósofo francés nacido en Ginebra Jean-Jacques Rousseau, un directo precursor de los totalitarismos marxista y nacionalsocialista, llevaría este mito del buen salvaje y la condena a la propiedad privada hasta el delirio. Para hacerse una idea de la relevancia de este pensador, baste recordar que la colección de obras clásicas de Harvard, editada por el profesor y presidente de esa universidad, Charles Eliot, sostiene que Rousseau fue el «escritor francés más ampliamente influyente de su época».²⁷ En su famoso *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau describió a los sal-

26. Michel de Montaigne, *Essays of Montaigne*, vol. 1, traducción al inglés de Charles Cotton, ed. revisada por William Carew Hazlett, Edwin C. Hill, Nueva York, 1910, p. 239.

27. Charles Eliot (ed.), *French and english philosophers*, Harvard Classics, vol. 34, Collier & Son, Nueva York, 1910, p. 162.

vajes americanos con un romanticismo casi adolescente. Vale la pena reproducir las reflexiones de Rousseau, uno de los filósofos más influyentes en América Latina, para entender bien el tema que tratamos. Refiriéndose a las condiciones de vida de los nativos, Rousseau sostiene que «acostumbrados desde la infancia a la intemperie del tiempo y al rigor de las estaciones, ejercitados en la fatiga y forzados a defender desnudos y sin armas su vida y su presa contra las bestias feroces», los hombres han formado «un temperamento robusto y casi inalterable» mientras que «los hijos, viniendo al mundo con la excelente constitución de sus padres y fortificándola con los mismos ejercicios que la han producido, adquieren de ese modo todo el vigor de que es capaz la especie humana».²⁸

Para Rousseau, el hombre europeo civilizado era todo lo contrario: un debilucho, enfermizo, corrupto y sin energías. Pero, más importante aún, el salvaje en América era un ser puro, moralmente hablando, y que no conocía pasiones degeneradas, las cuales eran para él un producto de la civilización:

Con pasiones tan poco activas y un freno tan saludable, los hombres, más bien feroces que malos, más atentos a ponerse a cubierto del mal que podían recibir que inclinados a hacer daño a otros, no estaban expuestos a contiendas muy peligrosas. Como no tenían entre sí ninguna especie de relación; como por tanto, no conocían la vanidad, ni la consideración, ni la estima, ni el desprecio; como no tenían la menor noción del bien ni del mal, ni alguna idea verdadera de justicia; como miraban las violencias que podían recibir como daño fácil de reparar, y no como una injuria que debe ser castigada, y como ni siquiera pensaban en la venganza, a no ser tal vez maquinalmente y en el mismo momento, como el perro que muerde la piedra que se le arroja, sus disputas raramente hubieran tenido causa más importante que el alimento.²⁹

28. Jean-Jacques Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Eduardo Maura y Clara Navarro (ed. y prol.), Minerva, Madrid, 2014. (Las citas son de la versión de Ángel Pumarega, Tall. Calpe, Madrid, 1923. Disponible en: <http://www.catedradh.unesco.unam.mx/SeminarioCETis/Documentos/Doc_basicos/5_biblioteca_virtual/2_genero/5.pdf>. [Consulta: 26/01/2016])

29. *Ibidem*, p. 28.

Según Rousseau, en ese estado de naturaleza e inocencia había una igualdad material casi perfecta, pues todos, más allá de sus diferencias físicas, vivían en condiciones similares y nadie sometía a otro. Así, América era el paraíso de la igualdad, y los nativos, seres inocentes y viriles, libres de toda corrupción. Además vivían ajenos a las enfermedades y miserias europeas. ¿Y cuál es el origen de todo el mal civilizatorio en la visión de Rousseau? Pues nada más y nada menos que la propiedad privada:

El primer hombre a quien, cercando un terreno, se le ocurrió decir esto es mío y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: «¡Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!»³⁰

Cuando se leen estas reflexiones de uno de los filósofos más importantes de los últimos siglos, cuyas ideas fueron fundantes del marxismo, no puede sorprendernos que en América Latina tengamos ancestralmente esa mentalidad contraria al sistema de economía libre, lo cual es sin perjuicio de que existan muchas otras fuentes intelectuales y materiales que contribuyeron a esa mentalidad. El punto es que, en esta mitología, el capitalismo —el sistema de propiedad privada— fue el origen de todos los males, así como lo fue para Marx y sus seguidores, quienes se inspiraron en Rousseau para sostener que el hombre era naturalmente bueno y que la sociedad lo corrompía y degeneraba. Según este pensamiento, era por haber propiedad privada que existía la desigualdad y la tentación de abusar del que tiene menos.

En su famoso libro *Guerra de guerrillas*, Ernesto Guevara seguiría esta mitología diciendo que el guerrillero era «un hombre que hace suya el ansia de liberación del pueblo» y que «al comenzar la lucha, lo hace ya con la intención de destruir un

30. *Ibidem*, p. 33.

orden injusto y, por lo tanto, más o menos veladamente con la intención de colocar algo nuevo en lugar de lo viejo».³¹ La esencia de esa liberación casi divina consistía, para Guevara, como para Rousseau, en terminar con la propiedad privada: «El guerrillero será una especie de ángel tutelar caído sobre la zona para ayudar siempre al pobre [...], la propiedad privada deberá adquirir en las zonas de guerra su función social. Vale decir, la tierra sobrante, el ganado no necesario, para la manutención de una familia adinerada, deberá pasar a manos del pueblo y ser distribuido equitativa y justicieramente».³² Hasta el día de hoy, esta mitología nutre corrientes populistas socialistas y su lógica refundacional. Y es que, como advirtió Rangel, es en ese esfuerzo por restaurar el orden supuestamente perfecto antes del virus traído por los europeos que el buen salvaje se convierte en el buen revolucionario, en el Che Guevara o el Chávez que quiere, cual mesías, llevarnos a un paraíso perdido que en realidad jamás existió.

Ciertamente, no todos en Europa comulgaban con tal ficción del buen salvaje. Hastiado de la persistencia de este mito, a mediados del siglo XVIII, el célebre escritor británico Charles Dickens escribiría un artículo titulado, precisamente, «El buen salvaje». En él sostendría que era «extraordinario» observar como algunas personas hablaban del buen salvaje «como si hablaran de los buenos viejos tiempos», y ver como «lamentaban su desaparición en el curso del desarrollo de determinadas tierras».³³ Ofuscado, Dickens advertía sobre la total desconexión entre el pensamiento de aquellos que añoraban al buen salvaje y la realidad: «[...] incluso con la evidencia frente a ellos estarán determinados a creer o sufrir ellos mismos para ser persuadidos en la creencia de que [el buen salvaje] es algo que sus cinco sentidos les dicen que no es». El escritor se rebelaba en contra de este autoengaño declarando:

31. Ernesto «Che» Guevara, *Guerra de guerrillas*, Librodot.com. Disponible en: <http://dspace.atalca.cl:8888/bibliotecas/librodot/guerra_guerrillas.pdf>. [Consulta: 26/01/2016]. Versión en libro: *La guerra de guerrillas*, Hiru, Hondarribia (Guipúzcoa), 2014.

32. Ídem.

33. Charles Dickens, «The noble savage». Disponible en: <<https://ebooks.adelaide.edu.au/d/dickens/charles/d54rp/chapter12.html>>. [Consulta: 26/01/2016]

«No creo en lo mas mínimo en el buen salvaje. Lo considero una prodigiosa molestia, una enorme superstición [...], mi posición es que si debemos aprender algo del buen salvaje es precisamente que él es lo que se debe evitar. Sus virtudes son una fábula; su felicidad, una ilusión; su nobleza, tontería».

La visión de Dickens, como sabemos, es mucho más cercana a la realidad que la de Rousseau y Montaigne: tanto la inca, como la maya y la azteca eran sociedades clasistas y esclavistas, con distintos estratos y privilegios para los poderosos líderes religiosos y políticos por encima de las poblaciones generales. Por cierto que estos pueblos también tenían un valor cultural importante y nada justifica los crímenes cometidos por los conquistadores en contra de ellos, así como tampoco se justifican los crímenes que estos pueblos cometían en contra de los suyos y de otros pueblos. El punto es que nunca existió el buen salvaje, y que, sin embargo, este mito se instaló, ofreciendo así una justificación ideológica perfecta a caudillos populistas de todas las épocas que abogaban por una «igual repartición de la riqueza» mientras responsabilizaban a diversas potencias extranjeras por las miserias de América Latina. De hecho, es inevitable no ver en este mito que retrató a los latinoamericanos como «víctimas» de los europeos uno de los orígenes intelectuales de la famosa doctrina del «estructuralismo» que llevó al ruinoso sistema de sustitución de importaciones que predominó en América Latina desde la década de 1940 en adelante. Todo el programa de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se basó en la idea de que los latinoamericanos éramos víctimas económicas de las potencias desarrolladas y que, por tanto, debíamos practicar el proteccionismo comercial y el estatismo desenfrenado para salir adelante. Originalmente, estas ideas lograron su mayor influencia a través del trabajo desarrollado por el economista argentino Raúl Prebisch, quien presidió la CEPAL en Santiago de Chile (entre 1949 y 1963) y era conocido como el Keynes de América Latina.³⁴

34. «Raul Prebisch: Latin America's Keynes», *The Economist*, 5 de marzo de 2009.

Para hacernos una idea de lo que pensaba el mentor de Prebisch, John Maynard Keynes, baste recordar su declaración de que «el capitalismo individualista decadente en cuyas manos nos encontramos después de la guerra no es un éxito. No es inteligente, no es bello, ni justo, no es virtuoso y no produce los bienes». ³⁵ El mismo Keynes reconocería en el prólogo a la edición alemana de su famosa *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, que su programa estatista se adaptaba «mucho más fácilmente a la condiciones de un Estado totalitario que la teoría de la producción y distribución producida bajo condiciones de competencia libre y una gran dosis de *laissez faire*». ³⁶ Esta filosofía antiliberal y proautoritaria fue la que defendieron Prebisch y la CEPAL, basados en la teoría del «estructuralismo» desarrollada por Prebisch, quien, para ello, se basó a su vez en las teorías de Hans Singer, economista que había estudiado su doctorado bajo la dirección de John Maynard Keynes en la Universidad de Cambridge.

En la visión de Prebisch, las leyes económicas no eran universales; en consecuencia, lo que valía para Estados Unidos o Europa no se aplicaba en América Latina. Debía por tanto buscarse una ciencia económica propiamente latinoamericana, pues los economistas de países desarrollados, por no vivir en la región, no podían entender lo que ahí pasaba ni ofrecer soluciones a nuestros problemas. Siguiendo esa lógica, Prebisch sostuvo que había un problema estructural entre los que llamó países de la «periferia» y los países desarrollados, o del «centro». De acuerdo a esta visión, los latinoamericanos éramos víctimas económicas de los países desarrollados porque estos, al vendernos bienes industriales y tecnológicos de mayor valor que nuestras exportaciones de

35. John Maynard Keynes, «National Self-Sufficiency», *The Yale Review*, vol. 22, n.º 4, junio de 1933, pp. 755-769. Disponible en: <<https://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/interwar/keynes.htm>>.

36. John Maynard Keynes, «Preface to the German edition», en *The general theory of employment, interest and money*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1936. Prefacio disponible en: <<http://gutenberg.net.au/ebooks03/0300071h/gerpref.html>>. [Consulta: 26/01/2016]. Versión castellana de Eduardo Hornedo, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Ciro, Barcelona, 2011.

bienes primarios, nos llevaban a un permanente deterioro de los términos de intercambio, es decir, nosotros podíamos comprar cada vez menos de lo que ellos producían y ellos más de lo que nosotros producíamos. Ello, a su vez, nos hacía depender de los países avanzados, que veían caídas de precios menores en sus exportaciones respecto de las exportaciones de los países subdesarrollados.

Según Prebisch, entonces, la teoría de la división internacional del trabajo formulada por Adam Smith y David Ricardo siglos antes había sido refutada por los hechos.³⁷ En otras palabras no era verdad que todos se beneficiaran del libre comercio ni del libre mercado global. La solución era cerrar nuestras economías a las importaciones y desarrollar una política industrial dirigida desde el Estado, además de una masiva redistribución de la renta y la propiedad a través de reformas agrarias. El resultado de estas políticas estatistas fue desastroso para América Latina, tal como han demostrado largamente la realidad y la literatura especializada.³⁸ No podía ser diferente. En general, Prebisch se sentía, como todos los intelectuales de la CEPAL, cercano al socialismo. En una interesante entrevista sostuvo:

Claro que el Partido Socialista abogaba también por la reforma agraria, por el fraccionamiento de las grandes propiedades. Eso provocó grandes debates. Yo también estaba absolutamente en favor de ellos [...], lo que más atraía en el Partido Socialista era el nivel intelectual y la capacidad jurídica de los hombres de ese partido. Ese conjunto era uno de los conjuntos más brillantes.³⁹

37. Raúl Prebisch, «El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas», CEPAL, 14 de mayo de 1949. Disponible en: <http://prebisch.cepal.org/sites/default/files/2013/prebisch_el_desarrollo_eco.pdf>.

38. Sobre el fracaso de la CEPAL, véase, por ejemplo: Anil Hira, *Ideas and economic policy in Latin America: regional, national, and organizational case studies*, Praeger (Greenwood Publishing Group), Westport (Connecticut), 1998, p. 64.

39. Entrevista disponible en: <<http://www.revistas.uchile.cl/index.php/CDM/article/viewFile/25955/27268>>. [Consulta: 26/01/2016]